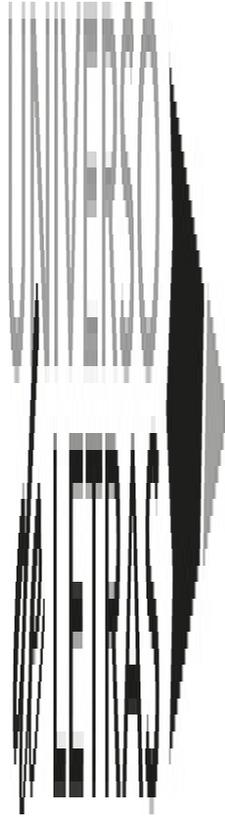


TANIA RODRÍGUEZ

CORAZÓN Y CORAZA

UNIVERSO
de LETRAS 

Corazón y Coraza



Corazón y Coraza

Tania Rodríguez

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de auto-publicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Tania Rodríguez, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417740535

ISBN eBook: 9788417741563

Al tata "Bebe", que guía mis pasos desde el cielo.

A Mía, mi mejor creación.

A mi Má, que me da la vida cada día.

*A Matt, que confía en mis habilidades aún cuando yo
misma no lo hago.*

*A aquellos autores cuyas obras incitaron una voraz pasión
por la literatura desde mi más temprana infancia.*

*A Mario Benedetti, por el poema que inspiró
esta historia de amor.*

Capítulo I

¿Dichoso porvenir?

—Jamás pudimos soñar mayor fortuna, amigo mío. ¡Felicidad de la buena!

El señor Johnson se deshacía en expresiones y ademanes que deban clara muestra de su dicha.

—Un hombre como pocos. Profesional como ninguno. Arquitecto, ¡sí señor! ¡El mejor del país!, me atrevo a decir yo. ¡Verás qué diseños construye! ¡Y el bungalow donde reside! Un palacio soñado. Un ingenio inigualable. Pero nuestra pequeña Sanah lo merece. ¡Claro que sí! ¿Sanah? Baja niña. El señor Smith ha venido a verte y darte sus bendiciones.

La voz cargada de ilusión de papá vino a sacarla de su ensimismamiento.

—¿Sanah? ¿Has oído?— vociferaba el señor Johnson impaciente por vanagloriarse de su dichosa hija.

—Un segundo. Ya voy— devolvió desde su habitación con voz trémula, que no denotaba tan desmesurada alegría.

Sanah se incorporó en su elegante lecho, calzó sus cómodas zapatillas invernales y se dirigió a su mesita de luz de diseño infantil.

Se detuvo frente al amplio espejo en el armario de luna para contemplar su imagen. Su largo pelo rubio brillaba en toda su extensión, y sus ojos claros le daban a su piel páli-

da un toque angelical y quizás demasiado frágil. Un nuevo llamado trajo su mente absorta de regreso al mundo real.

—Sanah. ¡Date prisa! Esta niña anda con su cabecita en las nubes desde la propuesta del sábado. ¡Y no es para menos!

Con un suspiro, caminó decidida hasta la mesita y abrió el tercer cajón. Un exclusivo anillo de compromiso brillaba ostentoso en su caja dorada. Lo tomó de prisa y colocó en su largo y delicado dedo anular. Salió rápidamente del coqueto dormitorio, y se lanzó escaleras abajo donde papá la aguardaba ansiosamente para hacer gala de la felicidad que su hija les prodigaba.

—Mira nada más lo que has crecido en el último tiempo. Te has convertido en una bella mujercita, querida Sanah— exclamó el amigo de su padre con su sonrisa bondadosa.

—Es todo nuestro orgullo, querido Arthur. No pudimos anhelar mejor tesoro. Y deberías ver sus notas en la Universidad. En unos años, Sanah será quien tome las riendas del negocio familiar.

El sonido de voces acercándose vino a interrumpir el sagrado discurso del señor Johnson sobre las innumerables cualidades de su hija.

Risas, paquetes y un sinfín de bolsos grandes y pequeños se agolparon en el salón. Eran los clásicos regresos de su madre y la señora Smith luego de una tarde de compras.

—¡Mi niña adorada!, exclamó rebotante su madre. Has de ver el traje de noche que he comprado para ti. ¡Cuando Mark te vea, va a quedar más deslumbrado de lo que ya está!

Pronto se vió invadida por innumerables muestras de afecto de sus padres y los señores Smith, quienes habían sido siempre parte de su familia. Siendo vecinos inmediatos, se habían convertido en grandes amigos años atrás. Los Smith eran personas entrañablemente adorables y sentían

profundo afecto por Sanah, viendo en esta a la hija que tanto añoraron y jamás pudieron tener. Desde pequeña, Sanah iba y venía de una casa a la otra, sintiendo en ambas la misma sensación de confort de hogar, de familia. Durante los últimos tres años, habían residido en Nueva York, por asuntos laborales del Señor Smith, y habían transcurrido sólo un par de días desde que retornaran a su hogar, de modo que el esperado reencuentro, cargado de anécdotas, nostalgia y buenas nuevas, no podía ser más oportuno.

Durante la cena, el señor Johnson no se cansó de proponer brindis por todo y nada. Sanah reparó por unos instantes en el rostro de su madre. Lucía más joven, más vital, con un destello de felicidad en sus ojos. La algarabía era el rasgo predominante de todos los partícipes. Todos, excepto el pequeño Zeus. El miembro más pequeño de la familia parecía absorto en su propio mundo, y sus facciones suaves y tersas reflejaban su característica inocencia. Ocupando la silla al medio de sus padres, el pequeño autista hacía girar su tenedor en la mano con gesto aburrido, mientras sus ojos brillantes, de mirar cálido y expresivo, transmitían los sentimientos que sus limitaciones no le permitían poner en palabras.

Sanah sentía profundo amor por su hermano. Era su gran debilidad y su confidente. En sus días de mayor cansancio o estrés, frente a cualquier situación que la aquejara, sólo bastaba con posar los ojos en la mirada pura de Zeus para que la paz interior retornara de nuevo a su alma. Jamás eran necesarias en su vínculo las palabras. Un abrazo, una caricia, una mirada, producía en ambos el efecto del más profundo y sincero diálogo. Uno daba al otro la calma y la confianza necesaria para que sus vidas fluyeran cargadas del amor puro que solo sus corazones tan semejantes y bondadosos podían irradiar.

Aquella noche, la velada transcurrió con gran entusiasmo por parte de los presentes y varias botellas de champagne sirvieron a los largos brindis que auguraban gran dicha por el pronto enlace de Sanah y Mark.

—Tres hurras por el dichoso porvenir de nuestra niña—, aclamaba el señor Johnson.

La exclamación sonó extraña en oídos de Sanah, quien por primera vez comenzó a tomar conciencia de los grandes cambios que la aguardaban. ¿Por qué no lograba compartir el mismo anhelo? ¿Concordaba su corazón con el vaticinio de su padre? ¿Tendría ella tal dichoso porvenir?

Capítulo II

El corazón de Marilyn

Tras una larga mañana de clases en el instituto de Ciencias Económicas donde Sanah cursaba el tercer año de su carrera como economista, se reunían decenas de jóvenes agobiados con libros y pesadas mochilas para disfrutar de un breve recreo. Se oían charlas y risas por doquier de varios de ellos, mientras algunos se aislaban para leer o completar una tarea u otros dormitaban sobre las hojas crujientes de los árboles otoñales. Sanah bajó de prisa las escaleras que daban al gran hall y sintió una bella satisfacción cuando el sol rozó su rostro. Se sentía algo conmocionada tras los últimos acontecimientos en su vida, y las noches en vela, sumadas a la exigencia académica con la que debía cumplir, habían acabado con sus energías. Se dirigió pronto a la mesita de piedra como indefectiblemente estaría esperándola su amiga Marilyn. Juntas habían realizado sus estudios primarios y secundarios, y juntas continuaban su carrera terciaria, aunque Marilyn aún continuaba en el primer grado, dado su descuido y poco interés por lo que realizaba. Proveniente de una familia adinerada, Marilyn era una chica bastante frívola y caprichosa quien estaba acostumbrada a obtener todo con gran facilidad y con una concepción despreocupada sobre la vida. Sólo bastaba con observarlas y conocer mínimos detalles sobre cada una de ellas, para dar por sentado que se trataba de dos seres total y absolutamente opuestos. Sanah, con su personalidad sumamente

frágil, sus ademanes tranquilos y femeninos, su hablar sereno y toda su presencia cuidada y acicalada, contrastaba ferozmente con Marilyn y su aspecto moderno y desenvuelto, su cabello estrambótico, sus atuendos alocados, por no mencionar aquellos comentarios siempre inapropiados que ruborizaban a Sanah. Así eran de distintas, y así eran de unidas. Puede que su amistad no involucrara sentimientos propios de un vínculo verdadero. No había entre ellas la confianza, ni la comprensión mutua que aún sin manifestarlo, ambas necesitaban, pero a pesar de cualquier discordancia, ellas permanecían unidas a través de los años, tal vez por costumbre, tal vez porque una encontraba en la otra la identidad que le faltaba, o por mera atracción de los opuestos, que siempre insisten en mezclarse.

Marilyn y Sanah habían compartido gran parte de sus vidas juntas. Residiendo ambas en el mismo vecindario, era un hábito en ellas pasar por casa de la otra a diario. Ambas familias veían con buenos ojos la relación de sus pequeñas, aunque con la llegada de la adolescencia y los ineludibles cambios que las chicas manifestaron, las opiniones de sus allegados comenzaron a modificarse. Por un lado, Sanah, se había convertido en una mujercita bella y responsable, quien cumplía con sus obligaciones sin chistar y accedía dócilmente a cualquier orden de sus padres. En contraste, Marilyn se había vuelto una chica ruda, de actitudes groseras, que no brindaba respeto a sus padres e insistía en vivir el mundo a su manera. Fue aquí que los señores Johnson comenzaron a observar que los cambios sufridos por la inseparable compañía de su hija, no eran en la menor medida favorables, y temían profundamente que aquella manzana podrida afectara el comportamiento de su hija mayor. No obstante, optaron por observar sigilosos cualquier posible interferencia negativa y se limitaban a estar pendientes

de Sanah, y de cualquier mínimo cambio en la jovencita en quien tanto confiaban.

Por su parte, los señores Griffin, angustiados por el irrespeto y desobediencia de su hija, se aferraban más que nunca al vínculo que ésta sostenía con Sanah, y confiaban en que aquella saludable compañía lograra restablecer la cabeceita de su hija y evitar mayores problemáticas.

—¡Date prisa!

A juzgar por el tono y la intensidad de su voz, Marilyn pretendía no ser sólo escuchada por su amiga, sino por toda la Universidad.

Moviendo los brazos, y realizando todo tipos de ademanes, llamaba a Sanah como si en ello le fuera la vida. Ésta apuró su paso al verla, depositando un beso en las mejillas ardientes de emoción de su compañera.

—¿Por qué no entraste a clase? Estuve guardando un asiento para ti. Vas a perder el curso por inasistencia, ya te lo he advertido.

—¡Ay! ¡Qué más me da! No estoy para tonterías ni sermones. Escucha lo que tengo para decirte. No vas a poder creerlo. ¡Es..! ¡Es lo más maravilloso que me ocurrió en toda la vida! Siéntate, siéntate, porque te irás de espaldas.

—¡Dime! ¿Qué sucedió? ¿Tiene que ver con aquel curso en el extranjero que te había interesado, verdad? ¿Lograste el permiso de tus padres?

—¡Claro que no! ¿Es que sólo puedes imaginar cosas sin la menor diversión?

Marilyn solía ser ruda en sus expresiones. Pero como Sanah la conocía bien y aceptaba más allá de todo, no realizaba el menor reproche frente a las actitudes grotescas de su amiga.

—Tiene que ver con él.

—¿Con quién?

—Corazón.

—¿Corazón?

Aquel era un diálogo de locos.

—¿Recuerdas que te dije que la mojigata de mamá decidió que debo acudir a clases de pintura en las tardes, así despejo mi mente, y aprendo algo útil, y bla bla bla?

—Sí. Recuerdo que dijiste que ni habiendo perdido la mayor cordura ibas a concurrir a clases de arte, y desperdiciar tus tardes de diversión.

—Exactamente. Pero cambié de idea. No importa nada de lo que dije. En realidad, eso pensaba hasta que lo vi.

—¿A quién?

—En el folleto que mamá dejó sobre mi cuarto con la información sobre las aburridísimas clases. En medio de todo el palabrerío, aparecía una foto suya. Es el hombre más impactante que vi en toda mi vida.

—¿Y quién es?

—Es Corazón. Es el profesor de pintura, y es absolutamente mágico, atractivo, maravilloso. Y hoy voy a verlo. No puedo esperar a conocerlo en persona.

Aparentemente a Marilyn se le había esfumado la poca coherencia y sentido común que le quedaba. ¿Enamorada de una foto? Sanah no podía hacer más que contemplarla con gesto preocupado y divertido al mismo tiempo.

—Bueno. No te quedes así. Dime algo después de lo que acabo de decirte.

—Pues, creo que estás loca de remate. ¿Cómo puedes hacer tantas asunciones sobre un hombre que en tu vida has visto? Y dicho sea de paso, ¿cómo es que tú, justamente tú, tan moderna y vanguardista, vienes a atribuir milagros a un tipo con un nombre tan espantosamente ridículo como cursi? Yo en su lugar iniciaría una demanda a sus padres por llamarle de esa manera. ¡Corazón! Hasta me da náusea imaginármelo.

—Tú sí que estás más pesimista que mi abuela. Y ni quiero imaginarte cuando estés de boda con el inexpresivo de Mark. ¡La que me espera! ¡No entiendes nada de hombres! Corazón lo tiene todo. Su mero nombre atrapa. ¿Quién más hay sobre la tierra con un nombre tan sublime? Su mirada feroz pero con un destello de ternura. ¡Y será mío! Cueste lo que cueste.

Aquello sonó más como un juramento que un deseo.

Sanah pensó en los señores Griffin, que a toda su consternación por los hábitos rebeldes y poco sanos de su hija, ahora comenzaba un nuevo capricho romántico, con todas las características de un delirio obsesivo y sin lugar a dudas, problemático.

—Dí algo.

La mirada anhelante de Marilyn conmovió a Sanah, y se percató de que su amiga, en apariencia frívola y maliciosa, estaba desbordada, quizás por primera vez en su vida, por sentimientos tan grandes que escapaban a su control.

—No quiero ser yo quien termine con tu ensueño. Lo siento si me referí a ese chico de manera ofensiva, pero lo cierto es que creo deberías tomarte el asunto con mayor calma. Ya verás cuando lo conozcas que impresión te causa. A lo mejor está comprometido, o simplemente no te agrada.

—Claro que no. Se fijará en mí. Ya lo verás. No hay dudas de que ningún hombre me va a gustar tanto como él.

Sanah abrió los ojos desmesuradamente. No había dudas de que su amiga, quien siempre había hablado de manera despectiva con respecto al amor, estaba enamorada hasta la médula. ¡De una fotografía! Pero amor de todas formas.

—No te quedes así pensando. Necesito tu ayuda. ¿Qué crees que debo vestir para estar tarde? Tienes que prestarme algo tuyo. No es que me haga gracia lucir como una de esas

muñecas de porcelana que se asemejan a ti, pero necesito algo que me haga ver bien para él.

—¡Ah, no! ¡Pellízcame o que despierte de este sueño ya! Ahora, la que siempre juraba no enamorarse, y que despotricaba contra los tontos enamorados, argumentando que era cosa de débiles, no sólo quiere flirtear con el profesor de arte, sino que además quiere cambiar su estilo. ¿No era que cada uno debe vestir tal cual su pensamiento y reflejarse en su apariencia? Ahora la chica punk quiere disfrazarse de niña seria. ¿Ya pensaste cómo vas a combinar tus mechas azul eléctrico con vestimenta rosa?

—Tú sí que me ayudas—, soltó Marilyn con mirada furibunda.

—Es que aún no puedo creer lo que oigo. No veo esto con buenos ojos, pero accedo a lo que pidas.

Sanah no pudo evitar una risotada.

—¿Me ves cara de payaso, o qué?

—No. Sólo te desconozco, pero de algún modo me gusta verte más humana, más madura, aunque envuelta en un plan descabellado.

—Ya. No seas tú la cursi ahora. Soy como soy, y punto. Y no me arrepiento de mi apariencia ni de lo que pienso. Sólo quiero causarle una buena impresión a Corazón. Eso es todo. Luego me las ingeniaré para que se fije en mí. Después de todo, no hay una sola cosa en todos mis 20 años que me haya sido negada. ¿Por qué no voy a obtener entonces al hombre que me gusta? Es cierto que nunca pensé decir ni sentir esto y que me incomoda un poco, por lo inesperado, pero sucedió, y como ocurre con todos mis deseos, Corazón también entrará en mi lista de logros.

En su ensimismamiento, tal vez Marilyn olvidaba que su deseo implicaba un alma a enamorar, un hombre pensante y con sentimientos a conquistar. Difería esto de todos los caprichos, viajes, compras, fiestas y hasta amistades «de ca-